

CARLOS REYLES ENSAYISTA

I

La personalidad literaria y humana de Carlos Reyles es una de las más interesantes y complejas entre esas grandes figuras de la cultura nacional que integran la llamada generación del 900. En él inciden, confiriéndole una muy particular fisonomía, el hombre de acción, el novelador y el ensayista. Fuerte hacendado y gran propietario cabanero, Carlos Reyles, en cuanto hombre de acción, se caracterizó por el esfuerzo de continuar la obra de su padre, Carlos Genaro Reyles, la cual había consistido, según las palabras del hijo, en variar el modo de explotación ganadera "*casi salvaje de nuestros mayores en una tarea grave, racional e inteligente*". Ese esfuerzo llevó al escritor a intervenir, incidentalmente, en la política partidaria de nuestro país. Como novelador, Reyles ha dejado una de las obras más sólidas, orgánicas y, permítase la expresión, más inteligentes de la narrativa de nuestro país. Es, el suyo, un mundo novelesco rico en contenido, complejo por la problemática que enfrenta y, por su ejecución, de valores firmemente perdurables. No menos importante es el ensayista. Esta parte de su obra de escritor lo ubica, por sus calidades literarias, en primerísima fila dentro de la ensayística nacional, y, por la singularidad de su pensamiento, le da, también, un lugar inconfundible dentro de la historia de las ideas en el Uruguay. Hombre de acción, novelador y ensayista son, por otra parte, como vasos comunicantes. No hay hiato ni fisura entre los tres. Cada uno de ellos se nutre de los otros dos. Y los tres constituyen una fisonomía humana y literaria que, como hemos subrayado en otro trabajo,⁽¹⁾ puede ser caracterizada por estos dos términos: unidad y complejidad.

En los tomos que ahora publica la *Biblioteca "Artigas" - Colección de Clásicos Uruguayos*, se recoge lo sustancial de la labor ensayística de Carlos Reyles.⁽²⁾ En la publicación de estos escritos hemos

(1) *Tres narradores uruguayos* (Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1962).

(2) Quedan fuera de estos volúmenes los artículos periodísticos publicados por Reyles en diversos diarios de Montevideo y del interior, en los cuales defendía las orientaciones que, según sus ideas, debía imprimirse a la explotación agro-pecuaria del país. También alguno, como

seguido, rigurosamente, la sucesión cronológica. Esta ordenación, en este caso, no responde a la facilidad meramente mecánica que ofrece una ordenación de tal índole. El orden cronológico, en esta oportunidad, es una necesidad imperiosa por las cualidades mismas del pensamiento que el conjunto de estos escritos revela. En todos ellos, desde los iniciales hasta los postreros, es bien ostensible la presencia de unas cuantas ideas rectoras sustanciales que, con sostenida pasión, el autor ha ido puliendo, afinando, matizando e, incluso, corrigiendo. Ese núcleo de ideas -larvarias al comienzo, expuestas en forma tajantemente dogmática después, despojadas de asperezas en el momento de su culminación- sólo puede ser correctamente aprehendido a través de la lectura cronológica de los escritos en que se explayan. Es, el de Reyles, un pensamiento que se desenvuelve y crece ajustándose auténticamente al ritmo de la vida de su autor, porque éste, y a pesar de la acerada firmeza con que sostiene sus convicciones, se esfuerza, siempre, por ajustar cada vez más su pensamiento a las situaciones que la realidad le muestra. Y como la realidad cambia, procura, en todo instante, que, sin desvirtuarse, ese pensamiento se mantenga a la "altura de los tiempos", y sea como la piel misma de la realidad. Reyles, así, a través de los años, va matizando y armonizando sus ideas sin traicionarlas jamás. La unidad del pensamiento reyleano a través de todas sus etapas es indudable. Es, también, indudable que, no obstante, no se trata de un pensar inmovilizado o carente de progreso.

Las anteriores observaciones pueden, ahora, completarse con esta otra: en la evolución del pensamiento reyleano, son bien visibles, a nuestro juicio, cuatro momentos o etapas. El primer momento se explicita a través de una serie de trabajos circunstanciales, de los cuales hemos recogido en estos volúmenes los más importantes. Los enumeraremos más adelante. El segundo momento alcanza consistente expresión en un solo libro: *La muerte del cisne* (1910). El tercer momento se expresa mediante los dos *Diálogos olímpicos: Apolo y Dionisos* (1918) y *Cristo y Mammon* (1919) y, también, con *Panoramas del mundo actual* (1932). El cuarto y último momento se muestra en dos libros: *Incitaciones* (1936) y el póstumo *Ego sum* (1939).⁽³⁾ De lo dicho antes, se infiere fácilmente que estos cuatro momentos o etapas no constituyen orbes de pensamiento conclusos en sí mismos, herméticos y cerrados. Son instantes de una evolución cálidamente viva. Se intercomunican. Así como, cuando contemplamos varias fotografías de un mismo rostro tomadas en distintas épocas, reconocemos la identidad de rasgos a pesar de las variaciones impuestas por el tiempo, del mismo modo, ante las obras de las distintas etapas, reconocemos la unidad del pensamiento reyleano a pesar de la varia modulación que él adquiere en los distintos momentos. Nada más hermoso

el titulado *Sobre Primitivo* ("La Razón", de Montevideo, 23 de octubre de 1896), que tocan temas literarios.

(3) Este libro reedita, junto con otros ensayos, *Panoramas del mundo actual*, pero titulándolo *Mar de fondo de la crisis mundial*. En nuestra edición hemos restituido dicho ensayo al lugar que cronológicamente le corresponde.

que el espectáculo de un pensamiento que manteniéndose siempre sustancialmente fiel a sí mismo, cambia, sin embargo, para ahondarse y depurarse, en un progreso constante. En las páginas que siguen, analizaremos las obras que constituyen cada una de esas etapas, y procuraremos, entre otras cosas, hacer sentir esa doble cualidad de permanencia y transformación que caracteriza el pensar de Reyles.

II

El conjunto de trabajos que hemos elegido para representar el primer momento del pensamiento reyleano, muestran ya algunos rasgos de los que dan muy característica fisonomía a ese pensamiento en los momentos de su madurez. Algunas de las ideas básicas del autor se delinean ya aquí nítidamente. Pero, desde luego, el conjunto de esas ideas que, más tarde, se organizan en un todo compacto, coherente, sistemático, no aparecen todas ni se estructuran con la solidez con que después lo hacen. Este primer momento es el del nacimiento y, como tal, hace ostensible un pensamiento todavía larvario. Hay, sin embargo, en esas páginas, una *postura* ya muy dibujada y que revela una *dirección* ideológica bien definida. Son, también, la primer floración de un modo de *decir* el pensamiento que adquirirá magnífico esplendor en las obras posteriores. Salvo el primero, estos trabajos tienen un acusado carácter circunstancial: fueron escritos para defender una posición estética o para exponer doctrinariamente la base teórica de la acción ruralista o política que en esos momentos constituían interés fundamental en la vida del autor. Ese carácter circunstancial no les resta interés. Por lo contrario, hace sentir lo fuertemente ligado que el pensamiento de Reyles se halla a su propia vida. No fue un teorizador de gabinete quien escribió esas páginas, sino un hombre en quien pensamiento y acción corrían parejos. Los trabajos a los que nos referimos son los siguientes: *El gaucho* (1892), *Biografía de don Carlos Genaro Reyles* (1894), *La novela del porvenir* (1897), *Prólogo a "Academias"* (1897), *Vida nueva* (1901), *El ideal nuevo* (1903) y *Discurso de "Molles"* (1908).

De los siete trabajos mencionados, dos están unidos por este vínculo común: uno y otro se refieren a aspectos de la vida rural uruguaya durante las últimas décadas del siglo XIX. El primero, *El gaucho*, aparecido en *La correspondencia de España* (Madrid, 1892), es un breve aunque interesante estudio del gaucho, tal como lo ve el autor en nuestra campaña de esos años; el segundo, *Biografía de don Carlos Genaro Reyles*, publicado en la *Revista de la Asociación Rural del Uruguay* (Montevideo, 1894), es un valioso testimonio sobre los métodos de explotación ganadera en nuestro país. Del primero de estos dos trabajos interesa subrayar que él junto con el cuento *Mansilla* (1893) constituyen los lejanos antecedentes de una de las últimas novelas del autor: *El gaucho Florido* (1932). Ya Luis Alberto Menafra señala que este ensayo es "la médula de la novela, en lo que se refiere a la concepción general del tipo gauchesco" y hace notar que "una de sus escenas, la de la doma, aparece exactamente reproducida

en las novelas"⁽⁴⁾. Y, en efecto, tanto en el ensayo como en la novela, dibuja la figura del gaucho según una misma visión: aunque no disimula sus rasgos negativos subraya con particular vigor las cualidades positivas: su sentimentalismo primario pero fuerte y noble, su coraje y desprecio de la muerte y la fortuna, su paciencia que lo inviste de serenidad, su sana filosofía que le enseña a *jugarle risa* a las adversidades... El retrato resulta así a la vez realista y nimbado de un halo idealizante. Este halo idealizante no es, sin embargo, una proyección puramente esteticista de la visión que Reyles tiene del personaje. Responde a su ingénita necesidad de escarbar en la realidad hasta hallarle sus lados constructivos. Análoga observación cabe formular con respecto a la biografía de su padre. El amor filial está presente, es cierto, en esas páginas. Pero ellas no nacen, tan sólo, de ese amor filial. Ellas nacen, también, de la íntima necesidad del autor de presentar un ejemplo de labor rural progresista. En este sentido, son páginas preanunciadoras de otras en las que defiende una tarea que estima impostergable para el progreso del país: la de sustituir los viejos modos de explotación agropecuaria por otros nuevos, de carácter realmente sistemático y científico, que están de acuerdo con el grado de evolución del Uruguay. Y así como *El gaucho* es un lejano antecedente de *El gaucho Florido*, del mismo modo la *Biografía de don Carlos Genaro Reyles* es, hasta cierto punto, antecedente inmediato de la primer novela larga del autor: *Beba* (1894), cuyo personaje protagonista, Gustavo Ribero, el hacendado dinámico y progresista, afanado en la creación de una estancia modelo y dedicado al refinamiento racional de sus rodeos, tiene, a la vez, rasgos del padre del novelista y del novelista mismo en lo que a sus ideales de criadores se refiere⁽⁵⁾.

Los dos trabajos siguientes, *Prólogo a "Academias"* y *La novela del porvenir*, también deben ser estudiados en conjunto⁽⁶⁾. Estos dos trabajos nos ponen frente a frente ante otra faz del pensamiento y de la personalidad de Carlos Reyles. Uno y otro exponen con precisión la concepción que de la novela o del arte de novelar tiene el autor. Rechaza de plano la idea de que la novela sea tan sólo un "mero solaz, un pasatiempo agradable", y la concibe, contrariamente, como un modo de indagación del hombre, como una verdadera forma del conocimiento: penetrando "cada vez más hondo en el alma del hombre

(4) Luis Alberto Menafra, *Carlos Reyles*. (Montevideo, Universidad de la República, 1957). Páginas 275 y 67.

(5) En el estudio que Alberto Zum Felde dedica a Reyles en *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura* (1930) subraya ya las relaciones entre el hacendado y el escritor. También en su *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. La ensayística* (México, Editorial Guaranía, 1954). El tema ha sido tratado, asimismo, por Angel Rama y Walter Rela en sus prólogos a *El terruño* y *Beba*, volúmenes 3 y 62 de la Biblioteca "Artigas" de Clásicos uruguayos.

(6) De dicho prólogo hay dos versiones: la que antecede a *Primitivo* (1896) y la antepuesta a *El extraño* (1897). La segunda amplía la primera e introduce algunas correcciones. Nuestra edición reproduce la segunda versión. *La novela del porvenir* es una réplica a las críticas de don Juan Valera sobre *Primitivo*.

y en el alma de la Naturaleza", la novela dilata "nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara" (...) Algo más, todavía, importa destacar. Esa indagación en lo humano no debe ser una indagación ucrónica, sino bien ceñida a los particulares estremecimientos que cada época imprime en el hombre. El propósito del autor al escribir las *Academias* es transmitir a través de ellas "el eco de las ansias y dolores innombrables que experimentan las almas atormentadas de nuestra época" y registrar "hasta los más débiles latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado". El autor quiere, en definitiva, que su obra sea "un fruto de la estación". Es importante poner bien a la luz esta atención de Reyles al latir del pulso de la época, porque ella es un rasgo esencial de su personalidad. Su atención a la circunstancia fue siempre indeclinable. No se rezagó nunca con respecto al tiempo que corría. Participó con alerta conciencia intelectual en todas las nuevas inquietudes que cada momento trajo. Y una evidente prueba de ello es su última novela, *A batallas de amor... campo de plumas*, publicada póstumamente en 1939, donde se adelanta a avizorar una temática (ardido erotismo, angustia de vivir, análisis de un mundo en descomposición) y un tono nuevos. Una y otros determinados, precisamente, por las circunstancias que en esos años se vivían. Dos centros de interés iniciales hallamos, pues, en el *Prólogo a "Academias"* y en *La novela del porvenir*: por un lado, expresan temprana y nitidamente una concepción de la novela que no sólo verifica el autor en todas sus obras sino que, también, encontrará, muchos años después, su explicitación plena y madura en un ensayo, *El arte de novelar*, incluido en *Incitaciones*; por otro lado, hace ostensible un rasgo, la permanente atención a la circunstancia, fundamental en la fisonomía de Reyles. Pero ambos trabajos tienen, aún, un tercer centro de interés: ayudan a comprender la situación en que frente al Modernismo se ubica el autor de *El embrujo de Sevilla*. El tema es amplio e incitante. Tratarlo en extensión excede los límites de este prólogo. Haremos solamente unas rápidas observaciones, que iniciamos con esta pregunta: ante el Modernismo, ¿cuál es la actitud de Reyles? Es, en gran parte, una actitud de aceptación, de plegamiento a lo que el Modernismo tiene, por un lado, de "espíritu de la época", y, por otro, de impulso renovador de las corrientes literarias en boga. Reyles siente, con los modernistas, el atractivo de lo exquisito, de lo raro, de las sensaciones y emociones insólitas y crispantes; siente, también, el gusto por los refinamientos, y aún exquisiteces, formales, lo cual lo ubica en una posición innovadora cuya raíz se halla en la necesidad de afinar el instrumento expresivo. Sin lugar a dudas, no sólo las *Academias* sino también *La raza de Caín* (1900) son obras que, por muchas razones, tienen que ser estudiadas como manifestaciones del modernismo en la narrativa. Julio Guzmán, protagonista de *El extraño* y uno de los agonistas fundamentales de *La raza de Caín*, es típicamente un personaje modernista, y, dentro de ciertos límites, expresa convicciones estéticas y vitales del autor, aunque, en muchos aspectos, el autor mismo se separa de él y lo condena. Es posible, incluso, afirmar que Reyles conserva huellas de la infiltración modernista hasta en sus últimas obras. Pero, si no es permitida la expresión, el modernismo de

Reyles es un modernismo *atenuado*, posición que comparte, digámoslo de paso, con José Enrique Rodó, cuyos ensayos *El que vendrá* (1896), *La novela nueva* (1896) y *Rubén Darío* (1899) son bien expresivos al respecto. La aceptación del Modernismo por parte de ambos autores es moderada, cautelosa, restringida. Y no se trata de que carecieran del empuje intelectual y de la audacia de espíritu necesarias para aceptar lo que el Modernismo tenía de estéticamente revolucionario, sino que sus cautelas nacían de clarividencia intelectual. Ambos vieron con claridad lo que en el Modernismo había de limitado, pasajero y negativo. Tanto el *Prólogo a "Academias"* como *La novela del porvenir* testimonian eficazmente todas las anteriores afirmaciones. Los dos trabajos denotan que Reyles acepta muchos postulados del modernismo pero, al mismo tiempo, los supera. En la concepción de la novela defendida por Reyles en uno y otro trabajo se recogen muchas de las notas caracterizantes del Modernismo, pero amplía enormemente el horizonte modernista al concebir la novela como un modo de conocimiento, como un insuperable instrumento para la indagación del saber sobre el nombre. Esta dimensión cognoscitiva de la labor del novelista es, para Reyles, fundamental. Y esa dimensión trasciende lo que hay en el Modernismo de postura radicalmente esteticista. El mismo Reyles sintió la necesidad de evitar equívocos y suprimió, en su segunda *Academia: El extraño*, el lema "*Ensayos de Modernismo*" con que las había caracterizado en la primera: *Primitivo*.

Tres trabajos cierran la primer etapa de las cuatro en que hemos dividido el proceso evolutivo del pensamiento reyleano. Esos tres trabajos son los siguientes: *Vida nueva* (Montevideo, Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes, 1901), *El ideal nuevo* (Montevideo, Imprenta de Dornaleche y Reyes, 1903) y *Discurso de "Molles"*. El primero es un discurso pronunciado en Melilla el 8 de setiembre de 1901, en el acto inaugural de la fundación del club "Vida Nueva", constituido por un grupo de jóvenes pertenecientes al Partido Colorado; el segundo es un folleto publicado por Reyles para explicar las causas que motivan su separación de dicho Club, que había contribuido a fundar y del cual fue el primer Presidente; el tercero es un discurso pronunciado en Molles, en diciembre de 1908, con oportunidad del Congreso Ganadero realizado en dicha localidad. Estos tres trabajos son, pues, claramente ocasionales. Son respuestas inmediatas a las circunstancias de acción ruralista y política militante que vivía el autor. Pero este carácter circunstancial no les resta interés alguno en cuanto testimonios de la evolución del pensamiento de Reyles. Todo lo contrario. Estas tres piezas tienen un valor testimonial muy grande. Ellas ofrecen, en primer término, un muy preciso enfoque de la realidad nacional. Enfoque que, años antes, había encontrado expresión novelesca en *Beba*, y que, años más tarde, será de nuevo novelescamente explicitado en *El terruño* (1916). Ofrecen, en segundo término, y aunque en forma germinal y esquemática, algunas de las ideas sustanciales que informan, ya con plenitud y organización coherente, los ensayos posteriores del autor, en los cuales la ambición de crear obra literaria perdurable se conjuga con el esfuerzo por sistematizar un conjunto de ideas que postulan una personalísima concepción de la

vida. ¿Qué rasgos caracterizan el enfoque de la realidad nacional verificado por Reyles en estos tres trabajos? ¿Cuáles son las ideas que en forma germinal hallamos en ellos y que adquirirán plenitud en la labor ensayística posterior del autor de *La muerte del cisne*? A una y otra interrogante daremos respuesta a continuación.

En el enfoque que Reyles realiza de la realidad nacional en los tres trabajos citados, confluyen dos determinantes: por un lado, la situación político-social del país; por otro, la situación particular del propio autor dentro de ese contexto político-social. Sobre lo primero, sólo recordaremos que dos de esos trabajos fueron escritos en el período que media entre dos revoluciones, la de 1897 y la de 1904, y el tercero, cuatro años después de la última; sobre lo segundo, es preciso tener en cuenta que Reyles no sólo es un fuerte hacendado sino que se considera a sí mismo como el continuador de la obra progresista, en la explotación agropecuaria, de su padre. El enfoque que Reyles hace de la realidad nacional se asienta sobre estas dos situaciones y los ecos de las mismas se perciben en sus páginas. En ellas, se *ve*, ante todo, no al hombre de partido⁽⁷⁾ sino al hombre que, para el progreso del país, confía antes que nada en la iniciativa personal y requiere, para su desenvolvimiento, el clima propicio que la situación político-social del país no parecía, todavía, ofrecerle. La especulación de Reyles, hecha desde la acción y para *proyectarla* en ella, no es una especulación abstracta. Hunde ardientemente sus raíces en la realidad y de la realidad se nutre. En síntesis: denuncia una serie de males en lo social, político y cultural y propone un conjunto de remedios a esos males. Indicaremos, rápidamente, algunos de los males que el autor denuncia: somos un pueblo sin alma, "*un pueblo cuyas aspiraciones no van lejos porque anímicamente no vive o vive de prestado, sin ideas propias, sin sentimientos propios, sin cultura ni civilización original y castiza*"; persisten en nuestra conciencia nacional "*elementos bárbaros que siempre ha combatido la civilización y que sólo aparecen como fenómenos regresivos en las sociedades atrasadas o decadentes*"; nos abruma el "*espíritu criollo, levantisco, acometedor, vocinglero, capaz de palabras o acciones violentas, pero no del esfuerzo sostenido en que consiste la verdadera energía*"; nos devora la pasión política, "*tan ciega y ruin que antepone siempre, sin excepción, los intereses de los partidos*" al interés nacional; la política no de principios sino pasional que caracteriza a nuestros partidos es un elemento tremendamente regresivo, porque "*las opresiones coloradas determinan las revoluciones blancas, y las revoluciones blancas el renacimiento del caudillaje y la vuelta a los tiempos bárbaros*"; padecemos una política centralizadora

(7) Reyles, igual que su padre, perteneció al Partido Colorado. Pero en su acción política, así como en los escritos que estamos comentando, es evidente su esfuerzo por superar toda posición interesada o mezquinamente partidaria. De su independencia da clara muestra su incidente con Baltasar Brum, en el Congreso Rural Extraordinario realizado el 30 de diciembre de 1915. Brum era, en esos momentos, Ministro del Interior. En el ya citado libro de Luis Alberto Menafra, el lector puede hallar interesantes detalles sobre la acción política y ruralista de Reyles. Ver Capítulo V, *De la ciudad al medio del campo* (Enfoque de la realidad nacional), del Libro Segundo, *Desarrollo ascendente del Yo*.

"y las plagas que forman su cortejo: el militarismo, el funcionarismo y el parasitismo"; nuestros políticos verbalizan y no atienden a la realidad, practican un falso idealismo que es sólo una expresión del "espíritu macarrónico"; nos falta sedimentación cultural propia: "...no tenemos, desgraciadamente, profetas nuestros que nos iluminen, filósofos que nos enseñan, grandes poetas que nos digan, por medio de la belleza, la última palabra sobre las cosas", "casi todo lo que sentimos y pensamos son baratijas sociológicas importadas, cosas prendidas con alfileres, floraciones emotivas que no brotan de nuestras entrañas, que no tienen raíces en nuestro organismo". Estos son sólo algunos de los males que denuncia Reyles en los tres trabajos que comentamos. Para escapar a esos males propone, en lo fundamental, estos remedios: asentar la acción política sobre una poderosa concepción de la vida, porque, dice a sus jóvenes correligionarios, "nuestra obra será grande o pequeña, según sea pequeña o grande nuestra concepción de la vida"; depurar los partidos políticos, para que éstos ensayen "la alta política, la política educadora, la verdadera política, que consiste en elevar el espíritu de las masas para luego hacer viables todas las fórmulas del progreso y todas las prerrogativas de la civilización"; propugnar el fortalecimiento de la iniciativa y de la acción privada para que ella prevalezca sobre la estatal, ya que "hoy puede en general decirse, con la certeza de expresar, sino toda la verdad, por lo menos la mayor parte de ella, que el porvenir de un pueblo está en relación directa de la superioridad de la acción privada sobre la acción oficial"; defender ahincadamente los intereses del trabajador rural, porque el progreso de la campaña es el factor determinante de la grandeza del país. Este último punto es, ni que decirlo, para Reyles, fundamental. Léanse estas palabras: "Entre nosotros, no sólo la prosperidad, sino también la cultura propia, la castiza, la elaborada con los jugos nacionales, que es la única robusta y durable, saldrá del vientre fecundo de la campaña. He ahí porqué, en mi sentir, la actividad rural es una cosa cuasi sagrada; he ahí porqué se me antoja más grave e inteligente producir un carnero de cuarenta libras que pronunciar un discurso de cuarenta horas; he ahí porqué no vacilo en llamar miopes y obtusos a los directores de la opinión que no ven en cada estancia, en cada cabaña, en cada rancho empotrado en lo alto de las cuchillas como un nido de hornero en la punta de un poste, un foco de energía vivificante y un centro de cultura, donde, mejor que en las escuelas y universidades, se vigorizan los músculos y se afina la inteligencia del país (...)". Con esta suscita exposición de "males" que afectan al país y de "remedios" posibles, realizada espigando en diversas páginas de los tres trabajos que venimos comentando, damos por contestada a la primera de las dos interrogantes que antes formulamos: la que preguntaba sobre los rasgos que caracterizaban el enfoque de la realidad nacional verificado por Reyles en los mencionados trabajos. La segunda interrogante inquiría sobre cuáles son las ideas que en forma germinal hallamos en ellos y que adquirirán desarrollo pleno en la ensayística posterior del autor. Contestaremos brevemente que en los tres, pero especialmente en *El ideal nuevo* y en el *Discurso de "Molles"*, encontramos algunas de las ideas

capitales que defenderá después con amplitud: culto de la fuerza; sentido utilitarista de la vida; elogio de la riqueza y de su poder creador no sólo de bienes materiales sino también de poesía y belleza; admiración por las sociedades anglo-sajonas cuya pujante orientación utilitarista opone a la refinada pero decadente cultura latina.

Estos aspectos del pensamiento reyleano, gérmenes o anticipos de *La muerte del cisne*, serán tema del siguiente capitulillo de este prólogo. Antes de entrar a él, corresponde, a nuestro juicio, dar repuesta a otras dos preguntas: ¿Qué juicio merece el enfoque reyleano de la realidad nacional según lo dejamos expuesto? ¿Qué relación guarda ese enfoque teórico con su verificación novelesca en las obras de su autor? A una y otra responderemos brevemente. Una de las determinantes de ese enfoque, repetimos, es la *situación* personal de Reyles en el contexto político social del país. Esta determinante no ha dejado de causar confusiones. Se ha llegado, incluso, a ver ese enfoque como la mera defensa que de sus intereses hace un millonario y poderoso hacendado, con olvido de que la verdad o falsedad de las ideas no proviene de que las piense o diga un proletario o un millonario. Y aunque dichas y pensadas por un millonario, muchas de las ideas de Reyles sobre la realidad nacional nos parecen rigurosamente valederas. Hay, desde luego, cierta exageración en sus afirmaciones sobre la carencia de virtudes sociales en nuestro país, como también en algunos otros puntos de su enjuiciamiento negativo sobre la situación socio-cultural del Uruguay. Exageraciones originadas, en gran parte, por el carácter circunstancial y en cierto modo polémico de sus tres trabajos comentados. Pero hay verdad evidente en su defensa de la necesidad de fortalecer la iniciativa privada en un país donde todo se esperaba, y se espera, del Estado; en su prédica para levantar el punto de mira de los partidos tradicionales a fin de que en ellos prive el interés nacional sobre el partidario; en su ardiente convicción de que el progreso de la campaña es equivalente a la posibilidad de desarrollo de la nación. Los tres opúsculos donde Reyles plantea estos puntos de vista permitirían un amplio ensayo donde se analizara la verdad de sus afirmaciones en relación con el momento histórico del país en la época en que fueron escritos y en el cual se estimara qué vigencia tienen hoy esas afirmaciones. Aquí debemos restringirnos sólo a lo dicho y entrar a nuestra segunda interrogante. En dos obras, fundamentalmente, hallamos reflejadas novelescamente las ideas que en el plano teórico sostiene Reyles en *Vida nueva*, *El ideal nuevo* y el *Discurso de "Molles"*. Una, *Beba*, es anterior a esos trabajos, otra, *El terruño*, posterior. En la primera, ese reflejo se da, especialmente, a través de la oposición entre el espíritu progresista representado por Gustavo Ribero, estanciero dinámicamente afanado en la creación de una estancia modelo y en el refinamiento de sus "rodeos", y el espíritu regresivo de la familia Benavente y el caudillo Quiñones. Gustavo Ribero, en el cual se funden rasgos del autor y de su padre, es la voz cantante mediante la cual Reyles se expresa. *Beba*, para Alberto Zum Felde, "es, ante todo, un canto al trabajo pecuario, a la industria rural, al esfuerzo de los cabañeros. Se exalta en ella ese esfuerzo y una industria en su doble valor de creadores de la riqueza

nacional y de manifestación de la energética realizadora del individuo"⁽⁸⁾. Estas exactas palabras hacen bien sensible la conexión entre *Beba* y el enfoque de la realidad nacional que ha quedado antes expuesto. En *El terruño*, novela donde confluyen muchas de las líneas constitutivas de la ideología de Reyles y en al cual da una visión más totalizadora de la campaña uruguaya, el autor hace decir a uno de sus personajes, Mamagela, lo siguiente: "...la grandeza del país no saldrá de las Cámaras ni de las Universidades, sino de los galpones. Parece herejía y no lo es. En efecto, ¿qué vale más: un discurso de cuarenta horas o un carnero de cuarenta libras? Lo primero es puro viento, palabras embusteras que entran por un oído y salen por el otro; lo segundo es labor, inteligencia, pan en la casa del pobre, abundancia en la casa del rico y conciencia tranquila en la casa de todos (...)". Estas palabras, entre las que aparecen casi textualmente algunas del *Discurso de "Molles"*, sintetizan la postura de Reyles ante la realidad nacional. Y constituyen uno de los elementos del andamiaje ideológico de *El terruño*. La orquestación ideológica en esta novela es muy amplia. No podemos, ahora, tratar el tema en toda su extensión. Las referencias hechas nos parecen suficientes, sin embargo, para hacer sentir que *Vida nueva*, *El ideal nuevo* y el *Discurso de "Molles"* forman un cuerpo de ideas que se vertebran narrativamente en *Beba* y *El terruño*⁽⁹⁾.

III

En 1894, Reyles publica su primer novela larga: *Beba*; en 1900, la segunda: *La raza de Caín*. Entre ambas, se intercalan las tres *Academias*: *Primitivo* (1896), *El extraño* (1897) y *Sueño de Rapiña* (1898). En todas estas obras, más allá de las disimilitudes de contenido, intención y elaboración literaria, hay un ingrediente unificante: en todas se percibe la presencia de una raíz conceptual desde la cual crece la creación imaginativa. Esa raíz, bien hundida en la realidad, se nutre de sus jugos. Esa raíz conceptual es, simultáneamente, una interpretación de la realidad que da materia al novelista y una concepción general de la vida. En toda novela, se hallan, desde luego, implícitamente, una y otra cosa. Pero es posible notar que pueden hallarse de dos maneras distintas. En algunas novelas, están sin que haya mediado deliberación intelectual del autor; en otras, han sido puestas por el autor mismo con nítida intelectual deliberación. En el primer caso, la interpretación de la realidad y la concepción de la vida postuladas en la novela *salen* de ellas más que nada como un acto de interpretación conceptual del lector mismo; en el segundo, *son impuestas* al lector por el mismo novelista. Las novelas

(8) Alberto Zum Felde, *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. (Montevideo, Editorial Claridad, 1941). Pág. 345.

(9) Un estudio interesante sería el de establecer las conexiones, punto por punto, de las ideas sustentadas en estos tres opúsculos político-ruralistas y la obra novelesca de su autor. Ese estudio no cabe dentro de los límites de este prólogo. Dejamos insinuado el tema.

de Reyles pertenecen al segundo grupo. Concibe la novela, repetimos, como un modo del conocimiento, en el cual lúcidamente se funden el libre juego imaginativo y el rigor intelectual con que la realidad debe ser enfocada. En sus novelas, hay siempre bien subrayados algunos ingredientes que *obligan* a interpretarlas en determinado sentido. Es lo que se ha llamado técnica del segundo plano⁽¹⁰⁾. Esta concepción reyleana del arte de novelar es, desde luego, consecuencia de la consciente necesidad del autor de tener en todo momento, vistas claras sobre la realidad y la vida. Y esta necesidad origina otra: la de organizar y expresar con rigor conceptual su intuición de la vida y la realidad. Los trabajos analizados en el capitulillo anterior son ya expresivos de esta doble necesidad. Pero en ellos, el pensamiento reyleano sólo se manifiesta en forma germinal. En *La muerte del cisne* (1910), libro en el que trabajó intensamente durante casi tres años⁽¹¹⁾, ese pensamiento germinal se muestra madura y sistemáticamente organizado.

La muerte del cisne se divide en tres partes: *Ideología de la fuerza*, *Metafísica del oro* y *La flor latina*, y se cierra con una *Conclusión*. En *Ideología de la fuerza*, Reyles formula las ideas filosóficas básicas (se podría decir, incluso, científicas) que constituyen la raíz de toda su concepción del mundo y la vida. Toda esta parte se articula en torno de unas pocas ideas nucleares capitales. De esas ideas, a nuestro juicio, las fundamentales son las siguientes: a) La Fuerza es el sustrato último y causa primera de todo el Universo. La Fuerza, escribe Reyles, "une estrechamente los seres y las cosas como el hilo de seda las diferentes perlas del collar; ella dirige en la orquestación del universo, las inverosímiles arquitecturas moleculares y las construcciones pasmosas del espíritu; ella, finalmente, se impone cada vez con más tiranía al entendimiento como el principio único del que serían portentosos atributos del orden cronológico, la materia, la vida, la inteligente, el alma...". b) Por Fuerza debemos entender, simplemente, "el nombre común y sintético de las energías naturales". c) Materia y Fuerza son una y la misma cosa. Opina "que la materia parece a todas luces una forma de la energía universal contenida en el éter; que materia y fuerza son la misma cosa, y que entre el mundo tangible y el mundo material no existe ningún abismo". Y concluye: "Los efluvios sutiles de la radioactividad, ni completamente materiales ni completamente etéreos, participan de las dos naturalezas y unen los dos mundos". d) Los fenómenos de la conciencia, lo que podríamos llamar el mundo del espíritu, no son más que formas de la Materia (esto es: manifestaciones de la Fuerza, ya que Fuerza y Materia se asimilan). "Un acto, un pensamiento, —escribe— del mismo modo que vida o un mundo, parecen en su realidad primordial y esencia

(10) En *Leyendo a Reyles*, incluido en *Tres narradores uruguayos*, dedicamos mayor espacio a la exposición de las ideas de Reyles sobre "el arte de novelar".

(11) Luis Alberto Menafra, que ha podido consultar el *Diario* de Carlos Reyles, ofrece en su obra ya citada, interesantes datos sobre el proceso de composición de *La muerte del cisne*. Ver Libro Tercero (*La crisis: crispación del yo*), Capítulo Primero ("El culto trágico de la vida").

intima, formas de la materia, y por lo tanto, momentos sutiles de la fuerza, no más sutiles, sin embargo, que la luz, la electricidad o las operaciones químicas, superiores a la de nuestros más poderosos laboratorios y más clarividentes que los más fabulosos prodigios de nuestra razón, que realiza una microscópica gota de protoplasma...".

e) La observación, opina, nos pone cara a cara con un hecho indudable: "el carácter guerrero de los fenómenos". Y, al respecto, escribe: "Esta combatividad originaria y común que les presta a todos ellos así como un acentuado aire de familia, perceptible hasta para los observadores míopes, induce a Le Dantec a sustituir la noción de vida universal por la noción más exacta de lucha universal". Reyles aprueba esta fórmula: "Ser es luchar; vivir es vencer". Sentencia, para el autor, verdadera tanto "en lo que atañe a la materia como por lo que toca al espíritu. El carácter belicoso y la condición cruel son los lazos de parentesco que unen estrechamente los fenómenos físicos, vitales y morales. Los instintos, sentimientos e ideas luchan también por el espacio y la dominación". Y más adelante agrega, todavía: "Una modesta, una humildísima sensación se introduce a hurto en el receptáculo misterioso de la célula nerviosa; sigilosamente se atrincheró allí; congrega, muy luego en torno suyo otras sensaciones hermanas y al mismo tiempo combate y destruye poco a poco, pero tenazmente, las sensaciones antagónicas; así dilata sus zonas de influencia a los centros nerviosos; conquista después de muchas maniobras prolijas, las fuertes posiciones de los lóbulos cerebrales; invade los dominios del alma, haciendo triza y estrago de todo lo que se opone a su marcha triunfante, y sale, por fin, en son de guerra, audaz y avasalladora al mundo exterior para transformarse, ejerciendo las mismas violencias, en hechos reales e imperar sobre otros hechos". f) Las concepciones de la vida, las morales y las religiones de que se ha servido el hombre en su andar histórico, aunque en su fondo falsas han tenido un valor relativo: fueron ilusiones fecundas, demencias saludables. Fortalecieron la vida "cuando la verdad hubiera sido como escarcha sobre los tiernos capullos de la rosa" y la humanidad no estaba preparada para sustituir la falsa razón divina por la verdadera razón física de los fenómenos. g) En el "vasto y heterogéneo panorama espiritual del mundo en las postrimerías del siglo XIX y los rojos albores del presente", es posible discernir los signos que anuncian "un espectáculo magnífico y emocionante". ¿Cuál? "Entre mil tribulaciones, el curioso se pregunta si está a punto de convertirse en realidad palpitante la transmutación de valores anunciada por el terrible profesor de la Universidad de Basilea, y si la Fuerza, como principio de la moral y medida de todas las cosas, no amenaza de muerte, a pesar de la Conferencia de La Haya y del humanitarismo, las entidades de las filosofías espiritualistas: Justicia, Bien, Mal, irguiéndose en medio de ellas, como un león vivo y rugiente, sobre las ruinas de una acrópolis poblada sólo de ídolos rotos, mutilados dioses y espectros terrificos en las sombras medrosas, más irrisorios a la honrada luz del sol". Reyles da, por anticipado, su aprobación a ese espectáculo del cual halla indicios en la "atmósfera espiritual" que se respira en el cruce de los siglos XIX y XX. Acepta esa transmutación de todos los valores que propone el

profesor de Basilea, porque ella, según el autor de *La muerte del cisne*, no sólo es inevitable sino decididamente beneficiosa para el hombre. El Conocimiento, afirma, destruye implacablemente las viejas "ilusiones favorables a la existencia" mientras el "instinto vital" crea otras nuevas, que surgen, como de su fuente, del reconocimiento de que es la Fuerza "el alma del mundo y la causa primera de todas las cosas". Y esas nuevas "ilusiones favorables a la existencia" serán las óptimas, ya que no se opondrán a la Fuerza sino que tenderán a seguir la dirección vital que ella misma les imprima. Esas nuevas ilusiones fundamentarán una nueva ética. Las viejas normas del humanismo, agonizantes según Reyles, deben periclitarse del todo. Y otras, más viriles y saludables, orientarán la acción y la conducta humana. Será una ética basada en la ley que la Fuerza impone, y como los valores éticos no puede contrariar a los vitales, esa ética se apoyará en el instinto de dominación y aceleradamente procurará fortalecerlo. Porque "la elección de la Vida entre aquello que la propaga y robustece, y aquello que la amengua y desvirtúa, no puede ser dudosa. Lo bueno, lo justo, lo verdadero es lo favorable a ella; lo malo, lo injusto, lo falso lo que a ella se opone". En definitiva: la Ética concordará con la Vida y ésta, en su ansia de expansión, impone el predominio de los fuertes, el sacrificio de "las masas a los aristos". Estas son las ideas capitales defendidas por Reyles en la primera parte de *La muerte del cisne*. ¿Cuál es el contenido de las partes segunda y tercera? En *Ideología de la fuerza* adhiere Reyles, "salvo ligeras restricciones", a la interpretación materialista de la historia: "... la sociedad no ha sido nunca ni será en el porvenir la obra santa del Bien, de la Justicia ni del Derecho, sino el engendro diabólico del instinto vital dominante, o como quiere Marx, el producto de la lucha de clases, engendrada, según él, por la evolución de los intereses y que determina, por añadidura, el proceso de la historia". Pero hay algo, afirma Reyles, que se le "antoja realmente imperdonable en el sesudo Marx: es la incompreensión del valor divino de la moneda, después de haber comprendido su valor fisiológico, digámoslo así, en el desarrollo orgánico de las sociedades". La segunda parte, *Metafísica del oro*, de *La muerte del cisne*, está destinada a exaltar ese valor divino de la moneda; es no la defensa sino la glorificación de la Riqueza. El Oro es, para Reyles, Fuerza acumulada. En los hombres y en los pueblos, el ansia por adquirir riquezas es una manifestación del instinto o voluntad de dominio, que, como expresión de la fuerza, rige la vida universal. Con todo rigor, *Metafísica del oro* es la proyección en la arena de la actividad social humana de las ideas directrices defendidas en *Ideología de la fuerza*. Por eso afirma que el Oro es "el elemento divino de las sociedades como la fuerza es el elemento divino del universo". Conviene subrayar, además, que toda esta parte de *La muerte del cisne* se vincula estrechamente con las ideas sustentadas en *El ideal nuevo* y el *Discurso de "Molles"*. En estos dos trabajos aplica a la circunstancia concreta nacional, lo que en *Metafísica del oro* desarrolla en plenitud y sin sujeción a un fin práctico inmediato. En cuanto a *La flor latina*, tercera parte del libro, diremos sólo unas pocas palabras. Reyles piensa que "la flor de la dulce Francia, la Ciudad Luz, París, es el símbolo

y el término de la civilización greco-latina”, y se esfuerza en demostrar, siguiendo la orientación ideológica de las dos primeras partes de su libro, que allí “la antigua sabiduría, después de haber amamantado al mundo en sus óptimos pechos y robustecido tantos ideales de pálida tez, agoniza entre pompas y esplendores, conservando orgullosamente la belleza del gesto”. La flor latina es la flor de la cultura humanista, contraria a la enérgica expansión de la vida que reclama la ideología de la fuerza. Esa cultura, con todas sus delicadas morbideces, es casi una flor de invernadero. Carece de virtudes viriles. Sensual y refinada, predomina en ella el signo femenino. La flor latina es, en definitiva, una flor bella pero carente de vigorosa savia, atrayente pero inútil. “Las cristalizaciones típicas de la civilización francesa, —afirma Reyles— y aún podría decirse de la civilización greco-latina de la que es París el dechado y la simbólica flor, son los refinamientos de la sensibilidad y las elegancias mentales: superioridad palmaria en las cosas del espíritu, lo que le permite imponerle al mundo sus gustos estéticos y modas sentimentales; inferioridad no menos patente en el campo de lo que llamaría el enérgico ex-presidente yanqui la vida intensa, donde las voluntades anemiadas por las sangrías del sentir y del pensar desfallecen y se doblegan sumisas ante otras voluntades limpias de toda intoxicación literaria y que no tienen los ojos ebrios de luna sino fulgentes de luz solar”. Como Rodó en *Ariel*, Reyles propone en *La flor latina* un ejemplo bien concreto que hace visible el conjunto de ideas que antes ha movilizado. El análisis de la situación en que se halla la decadente flor latina demuestra, según Reyles, que toda forma de vida y cultura que se desconecta de la Fuerza originaria, está condenada a amustarse y perecer. Esa situación corrobora, para el autor, las afirmaciones mantenidas en *Ideología de la fuerza* y *Metafísica del oro*. Otra corroboración de sus ideas se halla, para Reyles, en la situación de ascenso vertical de las sociedades germanas y anglosajonas, cuyo progreso se debe a que, siguiendo la ley de la Fuerza, se orientan, utilitariamente, en el sentido que impone la voluntad de dominio y el instinto de expansión vital.

Tal es el cuerpo de ideas sustentadas por Reyles en *La muerte del cisne*. Lo hemos expuesto con cierta extensión porque este libro constituye, digámoslo así, la piedra angular del edificio ideológico reyleano: esas ideas, que informaban ya los libros anteriores del autor, se organizan en *La muerte del cisne*, por vez primera, en forma sistemática; esas ideas, aunque depuradas, y en algunos aspectos corregidas, informan, también, los libros posteriores del autor de *El Terruño*. Expuesto el contenido de *La muerte del cisne* y señalado su carácter de piedra angular del edificio ideológico reyleano, corresponde, ahora, formular dos preguntas e intentar darles respuesta. La primera de esas preguntas es la siguiente: ¿qué situación ocupa o en qué lugar se ubica *La muerte del cisne* dentro del contexto de la historia de las ideas en el Uruguay? Con exactitud, el Dr. Arturo Ardao precisa cuál es esa situación en su libro *La filosofía en el Uruguay en el siglo XX* (México, Fondo de Cultura Económica, 1956). “Dispersas notas materialistas, algunas muy acentuadas, —escribe Ardao— se ofrecieron ya en el Uruguay en un ala radical del positivismo sajón en

boga después del 75. Se registran en escritos de hombres como Angel Floro Costa, Julio Kowsky o José Arechavaleta. Pero un materialismo declarado no existió verdaderamente entre nosotros en el siglo XIX”. Y agrega, luego, que a partir del 900 “aquellos gérmenes materialistas se habrían de corporizar en una de las dos grandes corrientes que generó la disolución del positivismo de escuela. Mientras por un lado se despliega la filosofía de la experiencia, de inspiración neo-espiritualista, por otro lado el espíritu cientista que aquel positivismo consagró, impulsa un franco materialismo”. El materialismo uruguayo, de acuerdo con Ardao, pasó por distintas fases, y tras sus primeras manifestaciones superficiales, se consolidó canalizándose en dos orientaciones principales: “una, la del materialismo científico energetista, que se agota del punto de vista teórico en el primer cuarto del siglo; otra, la del materialismo dialéctico marxista, que se prolonga hasta nuestros días, monopolizando prácticamente, desde el segundo cuarto del siglo, el pensamiento materialista nacional”. Dentro de esa corriente del materialismo científico energetista se ubica *La muerte del cisne* y es la primera manifestación plena de la misma. Cabe agregar, todavía, que las fuentes del materialismo científico energetista de Carlos Reyles pueden hallarse en Le Bon y Le Dantec, en lo científico; en Marx y Engels, en lo social, histórico y económico; en Nietzsche, en lo ético (o, más todavía, en la concepción general de los valores y de la vida. Nietzscheano es el vitalismo de Reyles. Como lo es, también, su defensa de la voluntad de poderío y del instinto de expansión vital). No son éstas, desde luego, sus únicas fuentes. Lo es, asimismo, el pensamiento de Guyau. Y de Charles Maurras, a través de su libro *El porvenir de la inteligencia*, tal como lo ha señalado, pormenorizadamente, el Dr. Osvaldo Crispo Acosta⁽¹²⁾. La indicada situación o ubicación de *La muerte del cisne* en el proceso evolutivo del pensamiento uruguayo, le da, inicialmente, una indudable significación: es un elemento testimonial de una etapa fundamental de ese proceso, y, teniendo en cuenta la jerarquía literaria de su autor y la indudable autoridad intelectual que la obra evidencia, surge de por sí la excepcional importancia de ese valor testimonial. Pero, además, *La muerte del cisne* tiene innegables valores intrínsecos, en cualidad de pensamiento y calidad literaria, independientemente de su valor histórico documental. La segunda pregunta que se plantea, por lo tanto, es la siguiente: ¿Qué valores perdurables en pensamiento y realización literaria es posible subrayar en *La muerte del cisne*? Para dar respuesta a esta pregunta, debemos abrir camino haciendo, primero, algunas observaciones sobre la originalidad del pensamiento de Reyles, tal como se expresa en *La muerte del cisne*, y, segundo, sobre el grado de adhesión que ese pensamiento puede promover. En lo que a lo primero se refiere, hemos visto, ya, cuáles son las fuentes del pensamiento reyleano. Digamos, ahora, que Reyles realiza, por un lado, una amalgama personal con los elementos que le aporta el pensamiento de los autores de que se nutre, y, por otro, añade, en unos

(12) *Motivos de crítica*. (Montevideo, Biblioteca “Artigas” de Clásicos Uruguayos, 1965). Tomo II, pág. 176).

casos, ingredientes nuevos a ese pensamiento de donde el suyo mana, o, en otros casos, invierte la dirección hacia donde ese ajeno pensamiento se dirige. Así, por ejemplo, a los motivos ideológicos que Nietzsche le proporciona (instinto de dominación, moral de los fuertes, transmutación de todos los valores, etc.), agrega Reyles, como justamente ha observado Zum Felde, su "*metafísica del oro*", en todo extraña al pensador alemán⁽¹³⁾. Otro ejemplo: comparte la concepción materialista de la historia de Marx, pero las consecuencias que infiere son contrarias al marxismo. Esa concepción materialista de la historia no lo lleva, como a Marx, a postular una transformación revolucionaria de la sociedad que, mediante la dictadura del proletariado, aniquilaría la organización económico-social capitalista, determinando, al fin, la desaparición de las clases sociales. Invirtiendo, en este aspecto, el pensamiento marxista, proclama la divinidad del Oro y las excelencias de la Riqueza. En cuanto al *grado de adhesión* que el pensamiento reyleano pueda promover, conviene precisar, ante todo, que hemos usado deliberadamente dicha expresión a fin de evitar los términos *verdad* y *falsedad*, que, a nuestro juicio, serían aquí inoportunos. La tarea de elucidar la *verdad* o *falsedad* del pensamiento reyleano, obligaría a la discusión total de la posición filosófica en la que se inscribe y de los autores que son raíces del pensar del uruguayo. Esa tarea escapa, desde luego, a los límites de este trabajo. No ocurre así con la fórmula que hemos empleado. Es fácil subrayar el *grado de adhesión* que el pensamiento de Reyles puede promover: se puede compartir sin retaceos el vitalismo entusiasta de Reyles, su casi dionisiaco afán de hacer de la vida *más vida*, pero no es posible plegarse a su dogmatismo limitante, ni dejar de sentir las íntimas contradicciones que corroen su pensamiento. Ya algunos críticos —Zum Felde, Crispo Acosta⁽¹⁴⁾— han anotado que Reyles no ve —o, mejor, quizás, que no quiere ver, pues voluntariamente se ciega— más que algunos costados de la realidad. Anotemos, todavía, que parecen incompatibles y contradictorias su exaltación de la vida y su negación de muchos valores vitales que, sin embargo, hacen también de la vida *más vida*. El pensamiento que en *La muerte del cisne* se explaya posee, en consecuencia, una *originalidad relativa* y un acusado *valor fermental*. Originalidad relativa que proviene no solamente de lo que Reyles agrega al pensar de sus maestros sino también de la fuerte entonación personal que a ese pensar le trasmite el autor de *Beba*; valor fermental que nace, precisamente, de las adhesiones y rechazos que promueve el edificio de ideas construido en las páginas de *La muerte del cisne*. Digamos, por fin, que la obra ofrece momentos de admirable prosa, especialmente en la magnífica tercera parte, la literariamente más perfecta, y, también, de más ágil andadura. En definitiva: *La muerte del cisne* ofrece el espectáculo siempre incitante de un hombre que busca la verdad (quizás, mejor, *su* verdad) y una realización literaria de indudable maestría, con páginas de alto valor esti-

(13) *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. (Montevideo, Editorial Claridad, 1941). Pág. 357.

(14) Véanse el *Proceso intelectual* y los *Motivos de crítica* citados.

lístico. por una y otra razón, *La muerte del cisne* no sólo tiene un valor documental histórico sino que posee valores intrínsecos perdurables. Explicitar del todo esos valores requeriría un análisis que hiciera bien ostensible la cualidad o entonación personal del pensamiento de Reyles y los rasgos característicos de su estilo ensayístico. Y, además, la interdependencia del pensamiento y estilo. Sin posibilidad de desarrollarlo aquí, insinuamos el tema que, nos parece tendría no escaso interés crítico.

IV

En *La muerte del cisne*, repetimos, son ostensibles contradicciones internas que corroen el pensamiento reyleano. Señalamos ya alguna. Es, ahora, el momento de señalar otra. La Fuerza es, para Reyles, la causa primera y el alma del mundo. Para él, toda la realidad, material o no, es, meramente, manifestación de la Fuerza. Pero ocurre que, en la realidad, hay muchas entidades que son, sin lugar a dudas, negaciones de esa Fuerza causa primera de todo y origen de la voluntad de dominación y del egoísmo vital que, en *La muerte del cisne*, son los resortes de toda la ética reyleana. Ahora bien: si la Fuerza es causa primera y origen de todo, ¿cómo explicar la existencia de lo que a ella se opone y la vence? Es innegable que es preciso optar entre una de estas dos posibilidades: 1) Existe un *principio primero* contrario a la Fuerza, tan poderoso como ella y que conjuntamente con ella actúa pero en sentido contrario; 2) De la Fuerza misma sale lo que se le opone y la vence. La primera posibilidad no aparece ni insinuada en *La muerte del cisne*. La segunda, insinuada en el libro, hasta cierto punto, plantea esta interrogante: ¿Cómo se explica esa especie de traición que la Fuerza se hace a sí misma? Este y otros problemas erizan de contradicciones la ideología expuesta por Reyles en *La muerte del cisne*. Y cuando, en 1914, la guerra enfrenta a Alemania, representante de la "*tendencia aristocrática, el naturalismo político, el darwinismo social*", y a Lutecia, representante de la "*tendencia niveladora, el racionalismo, el ideal humanitario*", Reyles experimenta, en primer término, la insuficiencia de sus planteos teóricos expuestos en el libro citado, y, en segundo lugar, la inadecuación de los mismos respecto a su visión actual de la realidad, ya que su adhesión a la causa de Francia aparecía como incompatible con sus dogmáticas afirmaciones sobre la Fuerza y sus derivaciones político-sociales. De esta situación, que se podría interpretar como una crisis emotivo-conceptual del autor, nacen los dos *Diálogos* olímpicos: *Apolo y Dionisos* (1918) y *Cristo y Mamón* (1919), que, junto con *Panoramas del mundo actual* (1932), constituyen las expresiones de la tercer etapa en la evolución del pensamiento reyleano. Esos dos *Diálogos*, por un lado, *matizan* y *completan* el pensamiento expuesto en *La muerte del cisne*; por otro, lo *corrigen*. Entre *La muerte del cisne* y los *Diálogos olímpicos* hay, pues, a la vez, *continuidad* y *divergencia*. Esta divergencia es visible no sólo en el contenido sino también en la textura literaria. Reyles, cuyo agudo sen-

tido estético no falla, encuentra para los *Diálogos olímpicos* la estructura literaria que se adecúa a la situación de crisis emotivo-conceptual aludida. Dos avenidas temáticas se abren, pues, cuando se enfrenta el lector a los *Diálogos olímpicos*: una, constituida por el contenido de los mismos; otra, por su estructura literaria.

En *La muerte del cisne* hay una *metafísica materialista* (la Fuerza, causa primera, tiene su manifestación primera en la materia, con la cual de hecho se identifica, y de ambas salen la vida y el espíritu); una *ética vitalista* cuyo fundamento se halla en la voluntad de dominio (los valores éticos positivos son los que acrecientan la vida y hacen del ser más ser, aún a costa del aniquilamiento ajeno); una *concepción político-social plutocratista* (el fin de toda sociedad debe consistir en acrecentar su riqueza, encarnación de la Fuerza y de los valores ético-vitales. En los *Diálogos olímpicos*, la metafísica materialista del autor permanece invariable. No ocurre lo mismo con su voluntarismo ético vitalista ni con su concepción político-social plutocrática. Ni una ni otra postura ideológica desaparecen, y, en este sentido, los *Diálogos olímpicos* continúan *La muerte del cisne*. Pero, repetimos, en esos aspectos, el autor por un lado completa y por otro corrige su pensamiento. ¿En qué lo matiza y completa? Procurando superar las contradicciones antes indicadas. ¿En qué lo corrige? Haciendo entrar en su concepción aquellos valores “de las filosofías espiritualistas: Justicia, Derecho, Bien”, que en *La muerte del cisne* aparecían como “ídolos rotos”, meros espectros “irrisorios a la honrada luz del día”. Una y otra tarea —completamiento y corrección de su ideología— las realiza Reyless poniendo en juego algunos esquemas conceptuales apenas subrayados en el libro de 1910 y que se destacan fuertemente en los de 1918 y 1919. *Voluntad de conciencia, ilusiones vitales* y *sonambulismo del hombre* son los resortes ideológicos que darán, ahora, su dinámica al pensamiento reyleano. ¿En qué consisten esos resortes ideológicos? La nietzscheana *voluntad de dominio*, raíz de la ética de *La muerte del cisne*, subsiste en los *Diálogos olímpicos*, pero en ellos agrega Reyless una nueva noción: la *voluntad de conciencia*. La segunda no se opone a la primera: surge, según Reyless, de ella. A pesar de su origen, la *voluntad de conciencia*, que “lucha por libertarse de las tiranías” de la “despiadada y a la vez fecunda voluntad de la naturaleza” para refugiarse en las “fortalezas del espíritu y el alma”, logra, al fin, forjarse su propia ley y vivir de acuerdo con ella. Se instaura, así, un nuevo principio: a la “razón universal, que es fuerza” se opone “la razón humana, que es justicia”. El hombre se ha creado “un mundo donde no manda la cruel voluntad del universo y donde el primate libertado campea por sus respetos y vive como un rey en su reino”. De esta *voluntad de conciencia* nacen, a su vez, las *ilusiones vitales* y el *sonambulismo del hombre*. Las primeras son una herramienta de la *voluntad de conciencia*, el instrumento del cual se vale para forjar la *realidad humana* y la *verdad del hombre*; el segundo es un estado al cual llega la conciencia humana. El hombre “más que de verdades lógicas se alimenta de ilusiones vitales”, de mentiras saludables que lo ayudan a vivir. Por eso, la “era humana comienza con la ilusión. Más que saber fabricar instrumentos, lo que distingue al

hombre de la bestia es saber fabricar ilusiones”. Las *ilusiones vitales*, aunque sean “desde el punto de vista científico real puras fantasmagorías”, constituyen las *verdades humanas* con las cuales vive el hombre. Instalado en el recinto que la *voluntad de conciencia* y las *ilusiones vitales* le crean, no ve ni concibe al mundo ni a sí mismo tal como son, sino como él quiere que sean. Y vive y actúa de acuerdo con esa imagen. Es éste el *sonambulismo humano*, que convierte al hombre en *animal metafísico* y lo hace luchar “heroicamente por escapar al yugo de la ley natural y vivir según su ley”. Y de este modo logra Reyless que entren en su ética y en su concepción político-social, sin que ellas pierdan su signo de vitalismo voluntarista, los valores ideales positivos defendidos por las morales espiritualistas. Son legítimas creaciones humanas, que, para Reyless, no niegan la *voluntad de dominio*, porque acrecientan el ser y la vida, y nacen como una especie de conciliación de los contrarios: “del odio nace el amor, de la discordia la armonía”; “el hombre es un puro egoísmo... que remata, por tácito convenio, en pura sed de justicia”; la voluntad no se opone a la inteligencia, porque “la inteligencia es la mano de la voluntad”. Por eso, al fin del segundo de los *Diálogos*, Zeus anuncia la “reconciliación de Apolo y Dionisos y la armonía de Cristo y Mammon”. Porque, continúa Zeus, “la pugna de aquellos y la enemistad de estos fue, a decir verdad, sólo lo aparente; parecían principios opuestos y eran manifestaciones del mismo principio, concurrendo al mismo fin. Los antagonismos de los dioses, de igual modo que los antagonismos sea del cosmos, sea del mundo, se penetran y resuelven dentro de mí en íntima y acabada alianza, como los sexos contrarios se maridan y funden en amorosa lucha para dar nacimiento a la armonía del nuevo ser. La historia del universo proclama esa irresistible tendencia a la lucha y luego a la fusión cadenciosa de los ritmos opuestos. Temis domina cada vez más el caos y este mismo, si bien se considera, es orden sin orden, como si dijéramos orden en bruto. La línea curva se compone de infinitas rectas, la concordia de infinitas pugnas”⁽¹⁵⁾.

Mediante las nociones de *voluntad de conciencia, ilusiones vitales* y *sonambulismo del hombre* procura, pues, Reyless, completar el pensamiento de *La muerte del cisne*, y, al mismo tiempo, corregirlo, pero sin que esa corrección niegue las convicciones sustanciales sustentadas en dicho libro. Al hacer surgir esas tres nociones de la *voluntad de dominio*, conserva y al mismo tiempo completa el sentido de esta última noción; al hacer surgir de las *ilusiones vitales*, cuya raíz es la *voluntad de dominio*, consigue que ellos se inserten en el voluntarismo vitalista que fundamenta su ética sin que esa inserción varíe su orientación esencial: la convicción de que lo vitalmente positivo es la *gravitación del*

(15) El lector interesado en estos aspectos del pensamiento de Reyless debe consultar el excelente trabajo de Arturo Ardao, *La voluntad de conciencia en Reyless* (Montevideo, Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1962), donde, lúcidamente y con rigor filosófico, se estudia el tema, con muy exactas precisiones sobre la relación del pensamiento reyleano con el de A. Fouillée, de quien toma la expresión *voluntad de conciencia*.

ser sobre sí mismo, el instinto de soberanía, el deseo de poder. Esta revisión del contenido de *La muerte del cisne* es realizada por Reyles adecuando la forma a la situación, hasta cierto punto conflictual, por la que él mismo ha pasado. En *La muerte del cisne* el tono es dogmático, tajante, como de quien siente que ha apresado vigorosamente una verdad y, más que exponerla, la proclama. En el libro no existe el menor resquicio por donde pueda colocarse la vacilación o la duda. Está hecho de afirmaciones apodícticas. Los *Diálogos olímpicos* muestran en su textura formal las vicisitudes íntimas por las que ha pasado su autor. Reyles ha vivido dentro de sí el enfrentamiento dialéctico de ideas antagónicas. Los interlocutores de los *Diálogos* son una proyección de esa aventura íntima. En el primero, *Apolo y Dionisos*, se siente que Apolo es la voz cantante del pensamiento *actual* de Reyles, mientras que, aún cuando con algún nuevo matiz, Dionisos es el eco fiel del Reyles que escribió *La muerte del cisne*. En el segundo, *Cristo y Mammón*, Cristo es el altavoz de las objeciones que íntimamente Reyles ha formulado a su propia *metafísica del oro*, y, también, en parte, a ciertas proyecciones éticas de su *ideología de la fuerza*, mientras que Mammón expresa el pensamiento *actualizado* del autor. La concepción de los *Diálogos olímpicos* como una asamblea de dioses donde dos de ellos, en cada uno de los *Diálogos*, se enfrentan para sostener posiciones aparentemente contrarias que al fin se concilian, es, pues, un adecuado *correlato objetivo* de la *situación subjetiva* conflictual de Reyles. De ahí que se siente en el tono de los *Diálogos olímpicos* algo inexistente en *La muerte del cisne*. Hay en ese tono algo así como un delicado temblor que proviene del enfrentamiento dialéctico de ideas que se oponen, para, a través de la oposición, afinarse y pulirse. Y llegar, finalmente, a la conciliación. Por otra parte, la aguda sensibilidad estética que le permitió a Reyles hallar un *correlato objetivo* adecuado afinadamente a su *situación subjetiva*, produjo, en los *Diálogos olímpicos*, óptimos resultados literarios. Los personajes, no obstante hallarse empapados de contenido simbólico, no pierden nunca su calidad de seres vivientes. Es admirable la vivacidad colmada de matizaciones con que se comunica su enfrentamiento dramático. Y no menores son los logros descriptivos obtenidos por el autor. Las figuras y situaciones se transmiten con plástico relieve. Se visualizan estupendamente. Y, además, sin que el autor pierda nunca el sentido de la medida. No incurre en fáciles colorismos. Más que la brillantez del colorido procura y admirablemente logra la precisión del dibujo. A estas calidades, es preciso agregar la de los valores estilísticos, superiores, aquí, a los de *La muerte del cisne* (aunque no pasajes de *La flor latina* tienen pareja calidad). Es la de los *Diálogos* una prosa ensayística de alta jerarquía. Combina el período amplio con el conciso, la robustez con la gracia. Es una prosa cuidada y que, sin embargo, fluye con naturalidad y se hace leer sin esfuerzo. Todo lo cual hace, de los *Diálogos olímpicos*, desde el punto de vista estrictamente literario, una de las obras más sólidas del autor de *El terruño*. Los *Diálogos olímpicos* son, sin lugar a dudas, a nuestro juicio, uno de los momentos en que la literatura de ideas ha alcanzado, en el Uruguay, un más alto nivel literario.

Junto a los *Diálogos olímpicos*, hemos ubicado, en esta tercer etapa de la evolución del pensamiento reyleano, el ensayo titulado *Panoramas del mundo actual* (1932). En este ensayo, escrito cuando Reyles, tras larga ausencia, vuelve a radicarse en el Uruguay, el autor enfrenta los "conflictos del confuso mundo actual", que atraviesa "el momento más trágico y grandioso de la historia". El comentario a *Panoramas del mundo actual* puede hacerse brevemente respondiendo a dos preguntas: ¿En estas páginas, escritas cuando ha transcurrido más de una década de la publicación de los *Diálogos olímpicos*, ha variado la postura filosófica global de Reyles? ¿Cuáles son los conflictos y problemas a los que se refiere y que soluciones vislumbra para ellos? En lo que se refiere a la primer pregunta es bien sencilla: Reyles confirma el pensamiento expresado en los *Diálogos olímpicos*, de los cuales transcribe varios fragmentos, y reitera en todo sus convicciones sobre la interrelación entre la *voluntad de dominio*, la *voluntad de conciencia*, las *ilusiones vitales* y el *sonambulismo universal del hombre*. Como en los *Diálogos*, estas nociones, en *Panoramas*, constituyen la raíz de la concepción reyleana de la vida humana. Algunas citas bastan para comprobarlo. Sobre la *voluntad de conciencia*, afirma: "...Nietzsche no se percató que la voluntad de dominación, base de su filosofía, crea para dilatar su imperio, la voluntad de conciencia, protectora de las aspiraciones superiores del mortal, que aquélla parecía condenar, y que no sólo forja ilusiones durables, sino que éstas son nuestras realidades profundas porque salen del inconsciente, y la existencia pasada, presente y acaso futura de la humanidad, hablan por boca de ellas". Confirma su convicción de que el hombre ha sabido crearse su propio mundo: "Ya relaté la colosal aventura del vertebrado, cuya conclusión es ésta: el hombre se rebela contra la ley del cosmos, quiere imponerle la suya y para ello fabrica el mundo encantado de la conciencia, donde reinan la libertad, la justicia y el amor, en el imperio mismo de la esclavitud, la iniquidad y la lucha". Vuelve a afirmar la conciliación de los contrarios: "Del egoísmo aguzado por la levadura de la más vida, a la que tiende la vida fatalmente, la cual, dicho sea de paso, no acata otras pautas que las dictadas por ella misma para dilatar su propio imperio, brota, como flor en rama espinosa, al altruismo. De la voluntad de dominación, espoleada también por la más vida de las ilusiones vitales, nace lo que no vio Nietzsche: la voluntad de conciencia; acicate, no freno de aquella; y henos convertidos en opresores y egoísmo andante que tienen por Dulcinea la equidad". Estas citas confirman que *Panoramas del mundo actual* recoge el pensamiento de los *Diálogos olímpicos* sin agregar nada nuevo a la postura filosófica global de su autor. Simplemente la sintetizan y precisan. Lo que el ensayo aporta como novedad se hallará respondiendo a la segunda pregunta que antes formulamos. Esa pregunta, en verdad, se descompone en dos. ¿Cuáles son los problemas que enfrenta el hombre del "confuso mundo actual", de la "era industrial" en que vivimos? Para Reyles, éstos: el hombre ha creado un mundo prodigiosamente rico pero sobre el cual ha perdido el dominio; el caos se ha instalado en ese mundo y el hombre vive en su interior un reflejo de ese caos; el conoci-

miento conspira contra las ilusiones vitales; las viejas ilusiones vitales han sido destruidas y no hemos todavía elaborado otras nuevas. En definitiva: vivimos una crisis. ¿Qué soluciones se vislumbran? Cavar en la arena movediza del yo hasta llegar a la roca dura del alma. Esto es: pasar del caos al orden. Construir sobre las ilusiones vitales perennes las nuevas que permitan dominar ese mundo fabuloso cuyo contralor el hombre ha perdido. Debe surgir un hombre nuevo en el que armónicamente se fundan técnica y cultura: "El hombre nuevo será, a lo que parece, no el troglodita tecnificado que nos proponen Rusia y en menor grado los Estados Unidos, ni el estático de Oriente, sino el dinámico del europeísmo que se esfuma, el hombre pronto, ágil, apto, cambiante como las circunstancias, adobado por la cultura y la técnica; hombre universal que ha dado la vuelta al mundo de su conciencia y del conocer; formidablemente sapiente, taumaturgo y mudable porque sabe que sus ficciones, aunque sean sus realidades profundas, son volanderas".

En el capitulillo anterior, y con respecto a *La muerte del cisne*, indicamos la conveniencia de preguntar sobre el grado de adhesión que podía promover el pensamiento expuesto en este libro, en vez de hacerlo sobre la verdad o falsedad discernibles en el mismo. Indicamos, entonces, los motivos que nos inducían a proceder en tal forma. De idéntico modo cabe proceder ante los *Diálogos olímpicos* y *Panoramas del mundo actual*. ¿Qué grado de adhesión promueve el pensamiento que en ellos Reyles explicita? En ambos libros, Reyles pule su pensamiento, lo despoja de asperezas dogmáticas, se esfuerza por superar las contradicciones internas que mostraba en *La muerte del cisne*. Su posición filosófica, su concepción del mundo, del hombre y de la vida se completa y se matiza. Incluso, se corrige. Su orientación positiva, el vitalismo ético voluntarista, pierde su rudeza original e incorpora, con naturalidad, los valores perennes de las morales espiritualistas. En conclusión: se acentúan y depuran los aspectos que podían promover la adhesión del lector. Y, naturalmente, ésta aumenta. A nuestro juicio, en los *Diálogos olímpicos* y en *Panoramas del mundo actual*, Reyles logra construir un mundo de pensamiento coherente y bien concluso de indudable valor. Y con muchos puntos de vista que mantienen hoy innegable vigencia. Quizás juepa, todavía, agregar que en la más breve pero también más jugosa de las tres partes que componen *Panoramas del mundo actual*, esto es: la tercera, titulada *La arena movediza y la roca dura del alma*, Reyles da una visión del mundo contemporáneo que aún nos toca muy de cerca, y en la cual no sólo hallamos afirmaciones de gran valor fermental, sino también puntos de vista muy certeros que deben ser meditados. Puntos de vista que, por otra parte, no solamente suponen clara visión de la realidad sino también coraje intelectual y un continuo estar alerta a la pulsación del transcurrir histórico. Tres cualidades que, dicho sea de paso, no faltaron nunca en el autor de *El embrujo de Sevilla*.

La labor ensayística de Reyles se cierra con dos libros, *Incitaciones* (1936) y el póstumamente publicado *Ego sum* (1939), que recogen la labor realizada en la Cátedra de Conferencias de la Universidad. El primero de dichos libros se forma con ocho ensayos: *Soledad, fiel compañera; La Vida y la Moral; Arte de novelar; Don Quijote. La locura del famoso hidalgo y nuestra locura; Don Juan. Materia literaria y esencia donjuanesca; Marcel Proust y su mundo fantasmagórico y realísimo, surgido de la memoria del olvido; Paul Valéry, el diamante pensante de Francia y Resonancias de Sevilla. Los órganos estéticos de la ciudad bruja*. El segundo libro agrega cinco ensayos: *Intramundos de la soledad, El maravilloso sonambulismo del hombre, Los grandes tipos literarios, El estilo es el hombre y Las flechas de Cupido*. Dejamos de lado, repetimos, *Mar de fondo de la crisis mundial*, también incluido en *Ego Sum*, ya que dicho ensayo es sólo la reedición, con cambio de título y algunas ligeras modificaciones, de *Panoramas del mundo actual*. Esos trece ensayos, los ocho de *Incitaciones* y los cinco de *Ego Sum*, constituyen la cuarta y última etapa de la evolución del pensamiento de Carlos Reyles⁽¹⁶⁾. Corresponde, aquí, hacer una aclaración. Por la fecha en que escrito y publicado, *Panoramas del mundo actual* puede integrar, naturalmente, esta cuarta etapa. Hemos preferido, sin embargo, incluir dicho ensayo en la tercera, ya que, por su contenido y orientación general, se vincula estrechamente con los *Diálogos olímpicos*. Es, casi, un complemento de ellos. No sólo porque en *Panoramas del mundo actual*, lo mismo que en los *Diálogos olímpicos*, Reyles explicita una visión global sobre el hombre y los problemas que vive en un momento histórico, sino también porque en su ensayo de 1932 reitera y precisa las nociones fundamentales que constituyen el núcleo de su pensamiento en los ensayos de 1918 y 1919. Y lo hace en forma muy taxativa. Directamente, por sí mismo y no a través de la voz de los dioses que en los *Diálogos* le sirven para enfrentar dialécticamente ideas antagónicas. Y, de este modo, *Panoramas del mundo actual* contribuye a disipar cualquier duda interpretativa que los *Diálogos olímpicos* puedan promover. Las nociones fundamentales de *voluntad de dominio, voluntad de conciencia, ilusiones vitales y sonambulismo del hombre* vuelven a ser definidas por Reyles, en *Panoramas del mundo actual*, con muy nítidos perfiles conceptuales y arrojan luz sobre los *Diálogos olímpicos*. En este aspecto, y no obstante las evidentes diferencias en lo que a concepción literaria atañe, *Panoramas del mundo actual* y *Diálogos olímpicos* constituyen una unidad.

(16) Completando nuestra selección *gauchesca*, incluimos, al final, el trabajo titulado *El nuevo sentido de la narración*. Dicho texto es el de la conferencia transmitida, en 1930, por las ondas del S.O.D.R.E., y que integró el ciclo sobre literatura nacional organizado por la Comisión Nacional del Centenario, de la cual fue Reyles asesor literario. Dicho trabajo fue recogido en la *Historia sintética de la literatura uruguaya* (Montevideo, Alfredo Vila, editor, 1931), realizada según plan de Carlos Reyles. Esa conferencia es el único trabajo extenso sobre un tema de literatura nacional escrito por el autor de *El terruño*.

Cuando escribe los trece ensayos a que nos hemos referido, Reyles se halla en una muy especial situación personal. Se encuentra ya en sus sesenta y cinco años, o muy cerca de ellos. Ha realizado lo fundamental de su obra literaria (sólo una de sus novelas no ha sido publicada todavía: *A batallas de amor... campo de pluma*, editada, póstumamente, en 1939). Goza de prestigio internacional. Ha viajado mucho y residido largamente en Francia y España. (Sevilla, recordemos, fue uno de sus grandes amores). Pero ya no es, sin duda, el hombre de empaque señorial, de atuendo aristocrático, de mirar altivo, casi desdeñoso, con que lo muestra el famoso retrato de Zuloaga. Ha perdido la enorme fortuna heredada de su padre, y tras larga ausencia, quebrada sólo por esporádicas visitas, vuelve a radicarse en el Uruguay. Trae consigo una larga experiencia vital, una también muy extensa cultura y su empuje de creador que aún tiene cosas para decir. Trae, asimismo, y aunque vestigios de su carácter "soberbio" lo acompaña hasta sus últimos días⁽¹⁷⁾, una serenidad y una sabiduría vital que lo atemperan y liman los filos más cortantes de su temperamento. Ya *El gaucho Florido*, novela nimbada de un aire nostálgico, aunque viril y fuerte, lo atestigua. Los ensayos de su última etapa confirman esa impresión. Hay en ellos una tonalidad de crepúsculo vespertino. Y esa luz crepuscular que se derrama por ellos es, sin duda, la que les presta su particular encanto. Pero ese aire de fin del día no significa debilidad de intelección ni carencia de pulso fuerte en la expresión. Todo lo contrario. Las convicciones del autor aparecen expresadas, en estas páginas, con pareja intensidad a la de sus libros anteriores. Una intensidad que ese tono de luz crepuscular acentúa, porque ella da a estos ensayos de varia lección ese carácter de tranquila entereza conquistada por la experiencia de la vida. Se siente, en los ensayos de esta última etapa, la presencia de un hombre que ha rumiado largamente sus ideas, y, hallándolas exactas y valiosas, las vuelca sobre el papel con plenitud y sin vacilaciones, pero, también, sin agresividades ni alardes dogmáticos. Estos ensayos son, por eso, como una condensación de todo el pensamiento reyleano, aunque el autor no procura en ellos, como lo procuró en *La muerte del cisne* y los *Diálogos olímpicos*, dar una visión global y coherentemente organizada del mundo, de la vida, del hombre. Discurre, ahora, sobre temas varios, tal como lo evidencia la nómina de títulos que antes hemos citado. Y enfoca sus temas con una libertad de espíritu que otorga a su pensar agilidad, y rapidez de andadura a su estilo, tan preciso y claro. Mas esa variedad temática, que lo lleva a discurrir sobre la soledad, el amor, la creación novelesca de Proust y otros temas, no le impide mostrar bajo diferentes luces las ideas sustanciales que lo han ocupado y preocupado toda la vida. Reaparecen en estos ensayos posteriores las ilusiones vitales, el sonambulismo del hombre, las consideraciones sobre la energía que tiende a que la vida sea *más vida*. Esto es bien claro, por ejemplo, en los ensayos dedicados a don Quijote y don Juan, en los que se produce una especie de simbiosis: por una parte, Reyles utiliza el instrumento conceptual que le proporcionan

(17) Ver el ya varias veces citado libro de Menafra.

las nociones fundamentales de su ideología (*voluntad de dominio, voluntad de conciencia, ilusiones vitales, sonambulismo del hombre*) para penetrar en lo íntimo de grandes figuras literarias; por otra, utiliza esas mismas figuras para corroborar la verdad de aquellas nociones. No parece necesario insistir mayormente sobre el contenido de estos ensayos de por sí tan diáfanos. Algún otro punto podría destacarse. Por ejemplo: que Reyles habla ya de la esencial *incomunicación* del ser humano, idea hoy tan en boga, aunque Reyles, con más amplia visión que la que muestran los que en nuestros días abusan de esa idea, hace surgir de la raíz misma de la *incomunicación* el impulso que crea la vida comunitaria. Otro rasgo a subrayar es el interés que algunos de estos ensayos tienen para la mejor comprensión de las creaciones novelescas de Reyles. En diversas partes, el autor mismo señala las relaciones que vinculan sus obras de pensamiento y sus creaciones narrativas. Pero, desde este punto de vista, interesan muy especialmente tres: *Arte de novelar*, que debe ligarse a los trabajos de su iniciación literaria sobre el mismo tema (*Prólogo a Academias y La novela del porvenir*); *El estilo es el hombre*, bien expresivo de la concepción reyleana sobre lenguaje literario, y *Resonancias de Sevilla*, que tantas luces arroja sobre *El embrujo de Sevilla*. No está demás, todavía, recalcar otro perfil de estos trece ensayos. Ellos denotan, claramente, un rasgo del temperamento de Reyles, al que ya antes nos hemos referido, y que subsistió en él hasta el fin de su vida. Y es éste: su mantenerse constantemente alerta a la pulsación vital del tiempo, el captar, con finas antenas, las variaciones que el transcurrir histórico impone a la vida social y la consecuente necesidad de tomar partido, en pro o en contra, con respecto a ellas. Corroboran estas afirmaciones, en lo literario, los ensayos que dedica a Proust y Valéry, que muestran a un hombre de no anquilosada receptividad estética, o, en lo que a la vida misma se refiere, su ensayo *Las flechas de Cupido*, que ponen a la luz un Reyles capaz de simpatizar entusiastamente con las nuevas manifestaciones de la vida social. Este afán por ponerse a la "*altura de los tiempos*" es visible, incluso, en la última de sus novelas, la póstumamente publicada: *A batallas de amor... campo de pluma*, donde el autor se hunde en un mundo en descomposición, representativo, para él, del momento histórico que se vive, intentando analizarlo, para vislumbrar, además, la nueva vida que de allí debe nacer. En definitiva: este conjunto de ensayos escritos en los últimos años de la vida de su autor son, por muchas razones, una lectura atrayente e incitante. Son expresiones típicas del ensayismo. El autor se propone un tema bien determinado, y en su torno, con libertad pero con rigor, congrega, digámoslo así, una constelación temática más amplia, que compone una particular intuición de la vida. Aunque independientes entre sí, estos ensayos se entrelazan y forman una unidad. En su total, dan una síntesis del pensamiento del autor sobre el mundo, la vida y el hombre. Conviene leerlos, naturalmente, a la luz que sobre ellos arrojan las obras ensayísticas capitales del autor: *La muerte del cisne* y los *Diálogos olímpicos*. Pero por sí mismos alcanzan para ponernos frente a uno de nuestros más auténticos ensayistas. Con mano segura, el autor organiza el mun-

do de sus ideas. Y éstas son la quintaesencia de una larga experiencia vital y cultural. Reyles nos pone, en estas páginas, cara a cara con su verdad. La que ha ido conquistando a través de un ininterrumpido afinamiento de sus ideas. Y esa verdad tiene real vibración humana. Apresa la atención del lector.

VI

En sus libros de ensayos, el autor de *La muerte del cisne* articula coherentemente un mundo de ideas en el cual se siente la presencia de un hombre que vivió, siempre, dramáticamente su propio pensamiento. Un dramatismo que lo condujo, en los *Diálogos olímpicos*, a desdoblarse y prestar su propia voz a distintos interlocutores que, en proporción varia, y de distinto modo, lo representan. A ese dramatismo no es ajeno, notémoslo, el hecho de que el creador de ese mundo de ideas haya sido, asimismo, el creador de un mundo narrativo. La presencia del novelista se trasluce en el pensador. Es fácil percibir que en la expresión del pensamiento reyleano hay una dinámica que, por momentos, se hace casi narrativa. También se percibe sin esfuerzo que en la obra narrativa de Reyles se da una situación que es correlativa de la indicada. En su mundo imaginario se proyecta su creación ideológica, y encarna, y en algunos momentos adquiere rostro, en personajes, situaciones, diálogos, invención anecdótica. Tanto *Beba* (1894) como sus *Academias* (*Primitivo*, 1896, *El extraño*, 1897, *Sueño de Rapiña*, 1898), tanto *La Raza de Caín* (1900) como *El terruño* (1916), tanto *El embrujo de Sevilla* (1922) como *El gaucho Florido* (1932) y *A batallas de amor... campo de pluma* (1939) son novelas cargadas de pensamiento. Un pensamiento ya dramáticamente vivido y expresado en los ensayos y que, también dramáticamente, se transfiere a temas y personajes novelescos. Ya nos hemos referido, aunque rápidamente, a algunas de las correlaciones evidentes entre la obra novelesca de Reyles y sus ideas sobre la realidad nacional en sus trabajos iniciales. Subrayaremos, ahora, rápidamente, asimismo, algunas de las correlaciones entre novelas y el pensamiento del autor tal como se organiza en las tres últimas etapas de su evolución ideológica.

La proyección de la postura ideológica de Reyles en su obra novelesca es visible, en primer término, en los diálogos. En las novelas del autor de *La raza de Caín*, no faltan los personajes que poseen una formación intelectual más o menos amplia: Tito Ribero, en *Beba*; Julio Guzmán, en *La raza de Caín*; Tocles, en *El terruño*; el pintor Cuenca, en *El Embrujo de Sevilla* son algunos de los ejemplos que se pueden proponer. A través de ellos, especial aunque no únicamente, expresa Reyles, en los diálogos de sus novelas, su propio pensamiento. En algún caso, el personaje dice directa e indisimuladamente, al expresar sus opiniones, el propio pensamiento de Reyles, y, además, dentro de ciertos límites, tiene el carácter de un autorretrato del autor; en otros, es ostensible el primer rasgo aunque no el segundo. Ejemplo del primer caso: Tito Ribero; del segundo: el pintor Cuenca. Son situaciones distintas, pero concuerdan en que, en uno y otro caso,

el autor simpatiza con el personaje y al hacerlo altavoz de sus ideas, es bien reconocible en la voz del personaje la propia voz del autor. Más curioso, y psicológica y estéticamente interesante, es el caso contrario: cuando Reyles pone sus ideas en boca de personajes, como Tocles, a los cuales, desde el punto de vista de su voluntarismo ético vitalista, condena. Se da, entonces, una situación curiosa. Las ideas de Reyles son bien reconocibles, pero al ponerlas en boca de un personaje de signo vital contrario al suyo propio, pareciera que las ironiza o las pone a prueba. Y plantea interesantes problemas de interpretación que no podemos estudiar aquí. Por el diálogo, pues, aunque de diversos modos, entra en las novelas de Reyles, su ideología. Esta proyección se da, también, a través de la creación de episodios que, sin perder su carácter realista, tienen un cierto carácter simbólico que traslucen aspectos del pensamiento reyleano. El mismo Reyles pone un ejemplo: la "*aventura guerrera*" de Papagoyo, que aparece en *El terruño*, y que dio origen a la obra teatral, del mismo Reyles, titulada *El burrito enterrado*, estrenada en 1938. El propio Reyles la recuerda y glosa en *Panoramas del mundo actual*, mostrando como ese episodio ilustra sobre su concepción de las *ilusiones vitales*. En el capítulo tercero de dicho ensayo, el lector encontrará las relaciones que Reyles establece entre su pensamiento y el episodio citado. La creación de ciertos episodios es, por consiguiente, un segundo modo utilizado por Reyles para inyectar su ideología en el cuerpo de sus novelas. Pero, en definitiva, es en la invención temática global y en la creación de personajes donde la conjunción de ideología y ficción se verifica con su mayor amplitud. Temas y personajes se hallan totalmente teñidos por las posiciones doctrinarias de Reyles, que no en vano sostuvo desde sus comienzos literarios que la novela es un modo de conocimiento. Muchos hilos se tienden desde las obras ensayísticas de Reyles hasta los temas de sus novelas y los personaje que en ella viven. El estudio de esas relaciones excede los límites de este prólogo. Debemos limitarnos a unas pocas y rápidas observaciones. Cabe observar, en primer término, que la *significación ideológica* de temas y personajes no es una sino *varia*, sin que ello destruya, en ningún caso, su unidad sustancial. Temas y personajes representan una dirección conceptual que se organiza como una *constelación ideológica*. Motivaciones diversas se entrelazan en temas y personajes, dándole variedad significativa sin que pierdan coherencia ni unidad de orientación. Y, en segundo término, se debe subrayar que, en cada novela, las *significaciones ideológicas* de temas y personajes se corresponden. Tras estas dos observaciones preliminares, haremos un esquema —sólo un esquema— de la transfusión de la sangre conceptual de los ensayos al cuerpo novelesco, tal como se visualiza en las seis novelas de Reyles⁽¹⁸⁾. Ya hemos visto cómo en *Beba*, a través del tema y de Tito Ribero, formula sus ideales de pionero de la transformación de los medios de explotación agropecuaria en nuestro país, y cómo, conjuntamente,

(18) Prescindimos de las *Academias* y de los cuentos, no porque carezcan de virtualidades conceptuales, sino para evitar una excesiva extensión en nuestro análisis.

ofrece en la misma novela una visión de la realidad uruguaya basada en la dicotomía campo-ciudad, entidades que se oponen. Implícita se encuentra, también, en esta novela, la concepción político-social de Reyless según la cual la riqueza material es no sólo índice de progreso sino expresión de una energía vital bien canalizada. Pero todo esto no agota el contenido ideológico de la novela. La *constelación ideológica* es aún más amplia. En Tito Ribero, por ejemplo, encarna el voluntarismo vitalista que constituye la base de toda la ética reyleana. El personaje representa a ese tipo de hombre cuya vida sólo se siente colmada cuando su ser íntimo se desborda en acción, y en la acción verifica y pone a prueba lo que antes ha constituido su mundo especulativo. La acción, para él, es pensamiento, y el pensamiento, acción. Tito Ribero representa, en definitiva, ese anhelo de *más vida* a que tiende necesariamente toda energía vital de alta temperatura y bien orientada. Su fracaso final no importa una prueba contra el vitalismo reyleano, porque lo que interesa no es el éxito o el fracaso *objetivos* sino la *tensión subjetiva* con que se vive. Otro ingrediente fundamental del entramado del pensamiento reyleano entra, todavía, en *Beba*: las *ilusiones vitales*, visibles en la textura síquica de Tito Ribero y Beba. Solamente señalamos su presencia, y, limitándonos al esquema realizado, entramos a la consideración de *La raza de Caín*. En esta novela, y a través de distintos personajes, el lector se enfrenta con actitudes vitales antagónicas: las *saludables* y las *enfermizas*, y del juego de su oposición dialéctica surge la *constelación ideológica* que la novela encierra. El grupo de los Crocker representa las actitudes *saludables*. Encarnan, especialmente don Pedro y su hijo Arturo, esa moral de signo utilitario que coloreará, diez años más tarde, todas las páginas de *La muerte del cisne*. Son la *voluntad de dominio en acción*. Y por eso, son, también, la vida triunfante. La adhesión afectiva e intelectual de Reyless respecto a estos personajes es indudable. E igualmente indudable, es que ve en ellos la representación de sus ideales político-sociales plutocráticos. Anticipan, de este modo, las posturas ideológicas de *La muerte del cisne*. Pero conviene notar que en la novela esas posturas ideológicas no llegan a la exageración exacerbada con que son expresadas en el libro doctrinario. Si bien hay en Arturo un egoísmo vital que resulta, por momentos, antipático, todo lo contrario ocurre con don Pedro, una noble figura. En él, el ideal utilitario desemboca siempre en altruismo. Las actitudes *enfermizas* son mostradas, especialmente, a través de Julio Guzmán y Jacinto B. Cacio. Julio Guzmán es un enfermo de la voluntad. Y su enfermedad proviene de que todo él está como apresado por los aceros de una cultura tan refinada como exangüe: esa cultura que denunciará Reyless en la tercera parte, de *La flor latina*, de *La muerte del cisne*. Es un alma formada por una cultura amplia y exquisita pero paralizante para la acción. Representa, por consiguiente, un contra-valor vital. Es el hombre, como él mismo afirma, incapaz de una *volición viril*. No sabe *querer*. Cacio es también un temperamento intelectual de voluntad enferma. Pero representa un tipo distinto: el resentido social. Es, digamos así, el *cobarde vital*: hay en él energías que no se atreve a poner en acción. Ambicioso, aspira ardentemente a ocupar posiciones

sociales; cobarde, estrangula sus propias energías. Cuando vence su cobardía es para cometer, alevosamente, un crimen: asesina, envenenándola, a la mujer que ama y no le corresponde. Es, él mismo lo afirma, un nietzscheano equivocado. O, mejor, un nietzscheano potencial: lo es intelectualmente pero no en la acción, porque en él la *voluntad de dominio* está estrangulada por la *cobardía vital*⁽¹⁹⁾. *La raza de Caín* nos pone, pues, ante un juego dialéctico de valores y contra-valores vitales a través del cual se prefigura la posición doctrinaria sostenida en los libros ensayísticos. Reducimos a lo dicho nuestro esquema, dejando fuera otros aspectos ideológicos (y varios personajes) de *La raza de Caín*, y entramos a *El terruño*. Como en *Beba*, Reyless expresa a través de los personajes y tema de *El terruño* sus ideales ruralistas y su concepción de que la riqueza es, a la vez motor y signo de la energía vital bien orientada; como en *La raza de Caín*, opone la voluntad constructiva (Mamagela) al intelectualismo paralizante para la acción (Tocles). Dentro de este esquema, Reyless moviliza muchos de los ingredientes fundamentales que integran su labor ensayística, desde el egoísmo vital que culmina en altruismo, hasta la de las *ilusiones vitales* que originan el *maravilloso sonambulismo del hombre*. Hace bien ostensible que esa movilización requeriría, por un lado, un análisis pormenorizado de las líneas anecdóticas que en la novela se cruzan, y, por otro, el desmonte psicológico de los personajes. No vamos a realizar aquí ni una ni otra tarea crítica. Nos vamos a limitar, simplemente, a formular un par de observaciones. *Primera*: Mamagela representa, a su modo, una forma de la energía vital que se traduce en *voluntad de dominio*. Pero, desde luego, la *voluntad de dominio*, en ella, no tiene, ni de lejos, el carácter de un exacerbado anhelo de poderío. Es solamente una manifestación sana de una voluntad segura que actúa sin prisa y sin pausa. Sólo desea, y logra, imponer a quienes la rodean su concepción de la vida, que se organiza como una suma de tendencias utilitarias. En ellas, igual que Reyless, ve el bien. De donde, al igual que el don Pedro de *La raza de Caín*, Mamagela tipifique esa manera del *egoísmo vital* que remata en altruismo. Concepción que Reyless formula con nitidez en los *Diálogos olímpicos*. Y también en *Panoramas del mundo actual* y algunos de los ensayos de su última etapa. *Segunda*: Tocles, uno de los personajes más complejos de los creados por Reyless, es un ejemplo del *sonambulismo del hombre*. Pero un ejemplo que muestra el lado negativo de ese sonambulismo. Porque su sonambulismo está construido con *ilusiones vitales* inoperantes. Estas son válidas cuando sirven a la vida y la hacen *más vida*. No lo son cuando pierden poder actuante. Y de esta clase son las *ilusiones vitales* de Tocles. Ellas son puro humo sí-

(19) El crimen de Cacio plantea un problema interpretativo interesante. Hasta cierto punto puede ser interpretado como una expresión de la reyleana *ideología de la fuerza*, como un momento en que el personaje vence su *cobardía vital* y pone en juego toda la energía vital de que es capaz. Por la razón indicada en la nota anterior, no nos detendremos sobre el punto. Sólo llamamos la atención sobre él y anotamos que la elucidación del problema requiere un cuidadoso análisis de la carta que, después del crimen, Cacio escribe a Guzmán.

quico. Y el sonambulismo de Tocles, no es, por eso, un *maravilloso sonambulismo* incrementador de vida, si no un turbio sonambulismo destructivo. Y al final de la novela, el ilusionismo de Tocles y el utilitarismo de Mamagela se reconcilian y se insinúa, de acuerdo con la teoría de Reyles, que Tocles seguirá viviendo y sostenido por nuevas *ilusiones vitales*, pero éstas ya de carácter constructivo. Y llegamos, ahora, a *El embrujo de Sevilla*. Es ésta, sin duda, de las novelas de Reyles la que impresiona como más *sentida* que *pensada*. El andamiaje especulativo no falta. Pero es menos visible, se articula con mayor naturalidad al juego imaginativo de la creación novelesca. Y sale a luz, incorporándose sin esfuerzo a la acción, a través de las opiniones del pintor Cuenca, voz cantante del pensamiento reyleano. Sin embargo, no es sólo mediante las teorizaciones de Cuenca que se explicita ese pensamiento. Toda la atmósfera de pasión en que la novela está envuelta es el correlato estético del vitalismo voluntarista de su autor, que ve en las corridas de toros una manifestación estética de la energía vital. Parece innecesario destacar que el protagonista de la novela, Paco, el aristócrata-torero, es, para Reyles, *voluntad de dominio* en acción. Encarna, también, la suma de las que, para el autor, son las virtudes viriles por excelencia: coraje, ímpetu para la acción, anhelo de *más vida*, aún cuando esa *más vida* haya de buscarla enfrentando la muerte. Incluso conviene notar que el personaje busca en el torero, además, una finalidad claramente utilitaria: rehacer su deshecha fortuna. Por donde entran, en la novela, resonancia de la *Metafísica del oro*. Por otra parte, *El embrujo de Sevilla* es una verdadera exaltación de las *ilusiones vitales*, en lo que éstas tienen de más poderosamente creador. En *El embrujo de Sevilla* las *ilusiones vitales* se confunden con la realidad misma. O, mejor, se han hecho realidad estética. No son juegos imaginativos o construcciones mentales sino manifestación casi biológica del ser, una forma de la energía que se desborda en el ruedo o en el "tablao". No vamos a detenernos mucho en las dos últimas novelas de Reyles: *El gaucho Florido* y *A batallas de amor... campo de pluma*. En la primera, el pensamiento reyleano está menos *puesto* que en sus demás novelas. Se ve cómo al trasluz de personajes y episodios. En la segunda, más cargada de intención especulativa, el autor procura, sin embargo, antes que nada, en *mostrar* el cuadro de una situación de descomposición social. Igual que en *El gaucho Florido* permite ver al trasluz las ideas directrices del pensamiento reyleano. Juegan aquí, también, su danza, las *ilusiones vitales*, el *sonambulismo del hombre*, la *voluntad de dominio*. Mas no nos detendremos en ello. En líneas generales, el esquema que nos habíamos propuesto queda realizado.

Una observación final es necesaria. Indicamos, al comienzo del capitulo III, que en las novelas de Reyles, el autor *impon*e la interpretación de las mismas en un determinado sentido, ya que, con deliberación ha puesto, en tema y personajes, su personal concepción de la vida. A nuestro juicio, esta afirmación es exacta. Pero requiere una aclaración. El mismo Reyles, en su ensayo de *Incitaciones* sobre Don Quijote, advierte "que los personajes ficticios suelen, si gozan de buena salud, libertarse de la tutela paterna y campear por sus res-

petos. Una vez que el novelador de raza los pone sobre el tapete ellos empiezan a desarrollarse y obrar en tal o cual sentido, obedeciendo a una especie de fatalidad estética que reina en el orbe de la ficción". A esta especie de ley de independencia del personaje con respecto a su creador, no escapan, ciertamente, los personajes reyleanos. Por eso, a más de la interpretación que el autor impone, ellos tienen, digámoslo así, un excedente vital que permite hallarles significaciones que, sin desvirtuar las del autor, las enriquezcan y completen. Esto es: están realmente creados, con toda la complejidad y el misterio del ser humano real. Y admiten, como todo ser humano, ser analizados desde ángulos de visión distintos. Y como todo ser humano, ninguno de esos análisis agota su esencial misteriosidad vital.

VII

En las páginas que anteceden, hemos procurado mostrar la trayectoria del pensamiento reyleano, persiguiéndolo en su evolución desde sus trabajos iniciales hasta los ensayos de sus últimos años. Esa trayectoria recorre una línea firmemente sostenida y se organiza como un orbe conceptual de fuerte coherencia interna: hay en el pensamiento reyleano algunas invariables que le confieren unidad, aunque el autor, a medida que madura, pule y modifica algunos de los puntos de vista iniciales. En el orbe conceptual construido por Reyles se escuchan resonancias del positivismo spenceriano, del materialismo histórico de Marx y Engels, de la filosofía de Nietzsche. Pero esas resonancias no excluyen la originalidad. Todo se organiza en los ensayos de Reyles adquiriendo el tono de la fuerte personalidad del autor. En conjunto, el pensamiento de Reyles constituye una de las posturas ideológicas más originales del pensamiento rioplatense. Y, por sus calidades literarias, su obra ensayística es de las sobresalientes en nuestro país. Si por su obra narrativa, Reyles está dentro los primeros de nuestros novelistas, por su obra ideológica se ubica entre los primeros de nuestros ensayistas.